

ANCORA

SUPLEMENTO CULTURAL DE LA NACIÓN

FRANCISCO AMIGHETTI



EL HOMBRE QUE CONTEMPLA

CARLOS FRANCISCO ECHEVERRÍA

Francisco Amighetti acaba de cumplir noventa años. Nació cuando Pablo Picasso abría el siglo XX en las artes plásticas con *Les demoiselles D'Avignon*. Ante sus ojos ha transcurrido un siglo con cambios de tal magnitud que, en cualquier otra época, la experiencia de haberlos visto hubiera requerido vivir trescientos o cuatrocientos años. Para usar una vez más la conocida frase de Jorge Luis Borges, "le tocó, como a todos los hombres, vivir en malos tiempos."

El siglo XX ha sido el de la arrogancia y la seducción materialistas. La humanidad no ha conocido una época de mayor empobrecimiento espiritual, a la par del avance espectacular de las ciencias exactas y la tecnología. Este ha sido, nos guste o no, el siglo de los genocidios y las guerras mundiales, la contaminación y el deterioro ambiental —desde la capa de ozono hasta las profundidades oceánica—, la degradación en las relaciones humanas más simples, el retroceso de las religiones o su conversión en cultos fanáticos.

Las artes, como siempre, dan testimonio de todo ello. Cézanne y Picasso iniciaron lo que Erick Kahler llamó "la desintegración de la forma", que llegó a convertirse en gritos lacerantes en las obras de Bacon y De Kooning. Es estremecedora la distancia —aunque sean apenas cien años— que nos separa del mundo en que vivieron Manet, Rodin o Winslow Homer. Incluso seres tan atormentados como Vincent Van Gogh podían, a fines del siglo pasado, encontrar solaz en las formas de la naturaleza y la vida campesina. Visitar, por el contrario, cualquier exposición actual de arte de vanguardia, es una de las experiencias más deprimentes a que uno puede someterse, por su ambiente desolado y su pertinaz reducción al absurdo de la experiencia humana.

Vivir en este país bucólico y provinciano nos protege, hasta cierto punto, de los peores excesos de esa degradación espiritual y cultural. Sin embargo, al mismo tiempo nos encierra en una percepción limitada de la vida. Son pocos los



HOMENAJE AL MAESTRO, AL ARTISTA, AL QUE SUPO SER Y SEGUIR SIENDO POETA, A ESE HOMBRE DEL SIGLO XX QUE ALCANZA LO FINISECULAR CONSERVANDO ILESA EL ALMA DE NIÑO: A FRANCISCO AMIGHETTI, UNA DE LAS FIGURAS MÁS GRANDES DE LA PLÁSTICA DE NUESTRO PAÍS, EN SUS 90 JUNIOS

Viene de la página 1

que logran elevarse por encima de los prejuicios, temores y manías que marcan la pauta de nuestra vida en sociedad. A esos pocos sabios pertenece, sin duda alguna, Francisco Amighetti.

A pesar de ser también un notable poeta, se le conoce sobre todo como pintor y grabador. Eso es normal en una época que valora más la producción de objetos preciosos —en este caso obras de arte— que la expresión de las ideas y emociones más sublimes. Como pintor, y sobre todo como grabador, Amighetti ha recibido los más altos honores posibles en el país: exposiciones retrospectivas, hermosos libros y catálogos, el Premio Magón, el doctorado honoris causa de la Universidad de Costa Rica y, sobre todo, un amplio y respetuoso interés por su trabajo.

Como artista y poeta, Amighetti se distingue por rescatar la magia de lo sencillo, la profundidad de lo inmediato. Un niño que ve las nubes, una muchacha que canta y toca el piano, la conversación de dos hombres en una cantina: Amighetti no los exalta ni los idealiza. Simplemente nos lleva a concentrarnos en eso, en ese instante o ser maravilloso y único, como todos los instantes y como todos los seres. Lo logra estableciendo relaciones unívocas: entre el niño y el pez que nada en una fuente; entre la luna y las mujeres que asoman al balcón; entre una vieja calle pueblerina y los deslumbramientos de la infancia. Lo hace con un lenguaje sencillo, firme, desmenuado y sincero. Sobre todo sincero, y eso es lo que más hondo nos toca, aunque a veces el tema, como a él, nos duela.

A Francisco Amighetti le interesa la vida y por eso su obra es tan diversa: a veces extática, a veces desgarrada, a veces simplemente divertida. Pero conserva siempre una profunda unidad interior. ¿De dónde viene esa unidad? De lo que Amighetti es en esencia: un hombre que



contempla.

Un hombre que sabe contemplar, no con la distancia del que busca ante todo su propia paz, sino más bien con la intensidad y el fervor de quien vibra con lo que ve. Eso ha sido siempre Amighetti, antes que pintor, grabador o poeta: un contemplador amante, curioso, agradecido con la vida que le prodiga pájaros, atardeceres, libros, amigos, recuerdos: lo que todos tenemos, pero pocas veces contemplamos.

Entre quienes hemos tenido el privilegio de su cercanía ha quedado hondamente grabada la figura de este hombre cálido y sereno, indiferente a la fama, sensible al afecto, siempre capaz de recordar, con la mayor naturalidad, una frase o un verso leídos hace mucho, mucho tiempo.

Nos acompañará siempre la imagen de Amighetti sentado, al final de la jornada, ante su ventana que mira a un árbol y al poniente, con un vaso de whisky y un sillón a la espera de algún amigo con quien compartir tanta maravilla. ☺